



Catarro contagioso de las aves

POR MARÍA ESTREMEIRA DE CABEZAS

LAS pequeñas explotaciones avícolas se van de día en día perfeccionando gracias a la mayor cultura de cuantos en el campo y del campo viven, como por la constante difusión de enseñanzas especiales en cursillos, revistas y prensa diaria, que no desdeña incluir en sus páginas algunos artículos dedicados a las industrias rurales complementarias.

El gallinero ha sido siempre un elemento adicional indispensable en toda casa de campo, ya sea la modesta vivienda de un hortelano, ya la casa de recreo de acomodada familia ciudadana, con jardín y huerta más o menos amplia, donde se pasa el verano y, si es posible gracias al incremento de transportes, todos los fines de semana.

Unas cuantas gallinitas rinden cada año un importante beneficio a sus propietarios, aunque no lleguen en muchos casos a permitir venta de huevos o carne con periódica regularidad, pero proporcionan siempre a la familia alimento con ahorro de gasto.

Acabo de escribir «proporcionan siempre», y al ver en la blanca cuartilla estas letras de la máquina me asalta el recelo de pecar de muy optimista porque, precisamente este verano, he oído no pocos lamentos de pérdidas sufridas por efecto de catarros nasales, que, en uno de los casos, ha despoblado un gallinero de más de cuarenta gallinas, pollitas recientes, de muy buena raza, adquiridas a buen precio y que comenzaron muy abundante puesta.

Los fríos intempestivos e intensos de